Fuera de VALIJA

RESPONSO POR LA S. D. N.

9-II-45

LA Sociedad de Naciones se muere. La Sociedad de Naciones ha muerto. ¿Qué Bossuet pronunciará su oración fúnebre? ¿Bossuet o Mark Twain?

Muere la S.D.N. al nacer la O.N.U., que quiere decir Organización de las Naciones Unidas. Muere de muerte casi natural, en el austero, frío y calvinista ambiente de Ginebra, donde estos días soplará seguramente la helada "bise" del Lemán, que, resbalando por el Jago, arrastra toda la desolación de las cumbres nevadas de los Alpes: verdadero cierzo de muerte que congeló las más bellas ilusiones de los hombres. ¡Qué silencioso quedará ahora el enorme palacio de Ariana, nombre simbólico, de frustrado simbolismo!

En el laberinto de sus comités, subcomités, consejos técnicos, comisiones, subcomisiones, delegaciones, asesorías, negociados, juntas y secretarías entró el mundo, nuevo Teseo, dispuesto a vencer al Minotauro guerrero, devorador de carne humana. El hilo de Ariana no le valió para encontrar la salida del complicado laberinto. Quien la encontró fué el Minotauro, mitad nazi, mitad fascista, con cuernos de falangista y cola de dragón japonés, monstruo de la guerra que anduvo suelto por el mundo con el bigote charlotesco, la boina de requeté, la camisa negra, el brazo en alto, arrojando fuego y metralla por las fauces. Como en la fábula, Teseo, esta vez fracasado, abandonó a Ariana en la isla desierta de Ginebra, oyendo el monótono tic-tac de todos los relojes suizos. Así quedó, frente al lago, el hermoso palacio de la paz, rodeado de las llamas de la guerra. En ese palacio había un regalo nuestro. Sí, pagado con nuestro dinero de españoles, de contribuyentes a la hacienda pública. España regaló a la Sociedad de Naciones las pinturas murales de la sala del Consejo, obra del pintor Sert. El palacio se inauguró en el mes de septiembre de 1936. Muchos pueblos de España estaban ya en ruinas, pero el templo de la paz se elevaba majestuoso e imponente a orillas del lago Lemán. Sert no había cobrado todavía el importe total de su obra cuando la guerra empezó en España. Apremió al gobierno republicano para que le pagase. Cuando el gobierno de la República buscaba armas para dominar la sublevación, el pintor Sert se presentaba con su factura. ¡Noble idealismo de artista! Caía una bomba en una escuela española, e inmediatamente se presentaba el pintor Sert a cobrar en la embajada de la República en París. Morían los hombres del pueblo en el frente de Huesca y en la sierra madrileña, pero el pintor Sert no faltaba nunca con su cuenta. ¡Qué diría el mundo si el gobierno republicano dejaba sin pagar las pinturas murales de la sala del Consejo de la Sociedad de Naciones! Por fin, el gobierno de la República pagó al pintor Sert unos centenares de miles de francos. E, inmediatamente, el pintor Sert se declaró franquista. ¡Oh Miguel Angel de la traición! Pero ahí quedan, en el desierto palacio de Ariana, las pinturas murales de Sert, para admiración de los siglos venideros. Representan —en tonos sombríos, simbolismo de pago— la marcha de la humanidad, o algo parecido. Son un regalo de España. Están pagados con sangre española.

Pero dejemos al pintor Sert en su tumba reciente y a sus pinturas murales en el inmenso panteón ginebrino de la paz. La S.D.N. ha muerto. Elevemos un responso por el alma de las estadísticas, de los acuerdos, de los "rapports", de las recomendaciones, de los convenios, de los estudios técnicos, de los pactos, de los papeles escritos, de las actas de las subcomisiones de estilo, de los informes y de las declaraciones que yacen en los blanqueados sepulcros de la S.D.N. ¡Cuánto se escribió hasta poder meternos en la guerra! ¡Cuánta sabiduría hasta acabar a cañonazos! ¡Cuánta elocuencia hasta disparar las primeras bombas sobre la pobre gente inerme de cualquier aldea española! Unos duendecillos siniestros y sarcásticos rondan la desolada inactividad de las máquinas de escribir, de los archivadores impecables, de las mesas sin polvo, de los "dossiers" esterilizados, del balduque perfecto, matemático, científico, rituálico, poliglota. Esos duendecillos se llaman Corfú, Manchukuo, Abisinia, Comité de No Intervención... ¡Regocijada danza macabra entre las hojas marchitas del pacto wilsoniano!

Aun parece que estemos viendo la solemnidad británica de sir Eric Drummond, primer secretario general de la S.D.N., cuando iba a pescar truchas en sus "weekend". Solemnidad de ladrillo, rojo, inerte, aplastante. Sir Eric Drummond, elevado luego a la condición de lord, lord Perth, fué embajador inglés en Roma, y estuvo a punto, a punto, casi a punto de apaciguar a Mussolini. Si se descuida un poco, no hay guerra. La cosa estuvo en un tris. Un poquito más de apaciguamiento, y acabamos todos marcando el paso de oca. Luego, la solemnidad gala de monsieur Avenol, sucesor de sir Eric en la secretaría general de la S.D.N. ¡Oh la lá! Monsieur Avenol no pescaba ni truchas. Recibía el telegrama del gobierno republicano denunciándole el bombardeo de Almería por un buque de guerra alemán y se quedaba tan serio como antes, grave, correcto, estirado, impasible. ¡Oh la lá! ¡Y aun hablan de "frivolité"! Monsieur Avenol no era, desde luego, un hombre frívolo. Era un buen amigo de monsieur Quinones de León, del duque de Alba, de todas las personas distinguidas que iban a Ginebra. Naturalmente, no era amigo de los republicanos españoles. En algo habíamos de tener suerte.

Aun parece que estemos viendo los austeros muros de la Sala de la Reforma en los días gloriosos del Protocolo de Ginebra —momento atómico de la S.D.N.—, con el desfile por la tribuna de los "tres grandes" de entonces: parece que estemos oyendo los trémolos de violoncello de Briand —colilla quemando el caído mostacho galo—, y la rudera tudesca de Stressemann —cuello de toro y puñetazos en la mesa—, y la fría oratoria de sir Austin Chamberlain —monóculo para ver sólo la mitad que quería ver de las cosas—; aun parece que vayamos a reunirnos con algunos compañeros, tras las aburridas sesiones de la Comisión del Desarme, en el Bavaria, entre las caricaturas de Derso y Kelen, frente a unos robustos bocks de dorada cerveza: aun parece que estemos viendo al explorador Nansen dando aquellos chillidos y aquellas zancadas cuando los refugiados armenios le daban el berrinche de cada año: aun parece que estemos dando un paseo por las limpias calles de Ginebra, tan limpias, tan aseadas, que hacían exclamar a un amigo: "¡Esto es de una curiosidad que da asco!"

¡Glorias pasadas, hoy convertidas en polvo! ¡Pompas y vanidades de la paz, mientras el Minotauro, devorador de carne humana, acechaba su presa! Ya no respiran las estadísticas, están yertos los "dossiers", sin aliento los archivadores, frío y cadavérico el balduque. No somos nada. Sobre el parque de Ariana sopla el helado viento de los cementerios. En vez de campanas funerarias, doblan en el vecino Saléve las esquilas de las vacas suizas tocando a muerto. ¡Don don don! Todos los relojes suizos se han parado a la misma hora: la hora de la defunción. ¡Pobre S.D.N.! ¡Tan buena, la pobre, y tan inútil! Ya está en el quinto infierno, con Hitler, con Mussolini, esperando a Franco. La infeliz no quiso meterse en nada: no quería historias. La suya no la escribirá ningún Tácito. Lo más piadoso sería que la escribiera un humorista. Acaso Bernard Shaw. Los pueblos tienen derecho a cobrar en risas sus lágrimas.

EL VALIJERO

A.P.C.E.
SIG.: 1.2G/1189